

Hacer propio lo ajeno: subjetividad y reconciliación en *La voluntad del molle*

PABLO G. CELIS-CASTILLO
ELON UNIVERSITY

Resumen

Varias novelas peruanas recientes sobre el conflicto armado que vivió el país en los años ochenta y noventa proponen modelos de reconciliación social que, a juicio de críticos literarios como Gabriel Saxton-Ruiz, Víctor Vich y Dante Castro, resultan insuficientes para subsanar las flaquezas sociales resaltadas por la violencia política tales como el racismo y la indiferencia hacia las comunidades indígenas que experimentaron la mayor parte de las atrocidades. La novela *La voluntad del molle* (2006) de la cuzqueña Karina Pacheco Medrano se posiciona fuera de estos modelos y presenta una estrategia reconciliatoria que no solo busca acercarse simbólicamente al Otro indígena que fue víctima de la violencia sino también “hacerlo propio” y guardarle el debido duelo. A través de la revaluación de sus relaciones sociales y el establecimiento de un nexo afectivo con Javier (un hermano desconocido que fue asesinado durante el conflicto) Nena y Elisa, las protagonistas de la novela experimentan cambios subjetivos que las conducen a desafiar sus percepciones del periodo de violencia política, así como a admitir su propia responsabilidad en el crónico racismo que caracteriza a la sociedad peruana. Apelando a conceptos teóricos relacionados con la subjetividad y el afecto, este ensayo analiza cómo el cuestionamiento social propio puesto en práctica por las protagonistas se constituye, alegóricamente, como el primer paso en el camino hacia la reconciliación en el Perú.

Palabras clave: narrativa peruana, conflicto armado, reconciliación, subjetividad, afecto

Abstract

Several recent Peruvian novels related to the armed conflict experienced in the country in the 1980s and 1990s propose models of social reconciliation that, according to literary critics such as Gabriel Saxton-Ruiz, Víctor Vich and Dante Castro, are insufficient to redress the social flaws that were highlighted during the period of political violence, namely the racism and indifference towards the indigenous communities that experimented most of the atrocities. The novel *La voluntad del molle* (2006) by Cuzco-born Karina Pacheco Medrano positions itself outside of these models and presents a reconciliatory strategy that not only seeks to symbolically get closer to the indigenous Other who was victim of the violence but also “to make him our own” and to mourn for him. Through the reevaluation of their social relationships and the forging of a strong affective link with Javier (unknown brother who was killed during the conflict) Nena and Elisa, the novel’s protagonists experience subjective changes that drive them to challenge their perceptions about the period of political violence, as well as to admit their own responsibility in the chronic racism that characterizes Peruvian society. Drawing from theoretical concepts related to subjectivity and affect, this essay analyzes how the protagonists’ questioning of their own social status allegorically constitutes the first step in Peru’s path towards reconciliation.

Keywords: Peruvian narrative, armed conflict, reconciliation, subjectivity, affect

Una parte considerable del corpus literario de ficción peruano contemporáneo tiene como punto temático de partida el abordaje (directo o indirecto) del conflicto armado interno experimentado en el país durante las últimas dos décadas del siglo XX que libraron el grupo maoísta Sendero Luminoso y las Fuerzas Armadas y Policiales del Perú. Este conflicto causó la muerte de casi setenta mil personas, teniendo como epicentro el departamento de Ayacucho. Aunque la existencia de este enfoque empieza casi a la par con las acciones terroristas de Sendero y la subsecuente respuesta militar del Estado peruano (Cox 33) es, a partir de la publicación del *Informe final* de la Comisión de la Verdad y la Reconciliación (CVR) en el 2003, que la literatura de ficción relacionada al conflicto empieza a ocupar un lugar discursivo de considerable importancia en la escena cultural peruana, tanto en la crítica como en el mercado editorial. La labor investigativa de la CVR, el ente del gobierno peruano encargado de indagar sobre las causas, secuelas y abusos de derechos humanos de los años de violencia política proporcionó un espacio reflexivo propicio para el análisis crítico retrospectivo del conflicto en la mayoría de los dominios discursivos del país.

Los resultados de las investigaciones de la CVR pusieron al descubierto la incomodísima verdad de que “[d]e cada cuatro víctimas, tres fueron campesinos o campesinas cuya lengua materna era el quechua . . . un sector de la población históricamente ignorado por el Estado y por la sociedad urbana”, así como que la “destrucción y muerte [del conflicto] no habrían sido posibles sin el profundo desprecio a la población más desposeída del país, evidenciado por miembros del PCP-Sendero Luminoso y agentes del Estado por igual, ese desprecio que se encuentra entretejido en cada momento de la vida cotidiana de los peruanos” (Lerner 13). Al legitimar la existencia de este desprecio en las páginas de su *Informe final*, la CVR públicamente instó a los sectores con el mayor poder político y socioeconómico de la sociedad peruana a afrontar “una culpa general, la culpa de la omisión, que involucra a todos los que *deja[ron]* hacer sin preguntar en los años de la violencia” (Lerner 14). El proyecto propuesto por la CVR para afrontar esta culpa, y para reparar el desgastado tejido social en el país, se articula bajo el término general de “reconciliación”, un proceso social y político que la Comisión define como “la puesta en marcha de un proceso de restablecimiento y refundación de los vínculos fundamentales entre los peruanos, vínculos voluntariamente destruidos o deteriorados por el estallido de[l] conflicto” (*Informe IX*: 13).

La respuesta literaria al llamado de la CVR no se hizo esperar y tanto escritores de corta carrera como aquellos de amplia trayectoria empezaron a elaborar ficciones narrativas centradas en el conflicto y afines al proyecto reconciliatorio avanzado por la Comisión. En el formato novelístico, las más conocidas y galardonadas obras conectadas a esta temática son, sin sorpresa, las publicadas por autores

reconocidos de la escena literaria limeña como *La hora azul* (2005) de Alonso Cueto y *Abril rojo* (2006) de Santiago Roncagliolo.¹ La novela de Cueto, en particular, parece adherirse con mayor potencia al llamado de reconciliación de la CVR pues, como arguye Víctor Vich, esta obra “está ansiosa por dar cuenta de las fracturas del país y [de] pone[r] énfasis en la frivolidad de la clase alta peruana” (“Violencia” 235), a cuyo desprecio se le atribuye la inacción de las élites peruanas frente al sufrimiento de las comunidades indígenas que experimentaron la parte más brutal de la violencia. Sin embargo, y aunque *La hora azul* resaltó la misión investigativa de la CVR, la novela de Cueto, como discute Gabriel Saxton-Ruiz, se suscribe a un modelo de “reconciliación burguesa” (136) donde lo importante no es conocer realmente al “Otro” (en este caso la población indígena que sufrió la violencia) ni incluirlo en la construcción social del país sino simplemente “hacer el esfuerzo de aproximarse” a él (145). Esta aproximación, compartida de cierta forma por la antes mencionada *Abril rojo*, ha sido caracterizada por varios críticos literarios como insuficiente y desconectada del contexto social peruano posconflicto. Saxton-Ruiz, por ejemplo, nota que el modelo de reconciliación seguido por *La hora azul* “no propone un cambio de actitud ni excesivamente ambicioso ni revolucionario” (145), mientras Vich menciona que la novela de Roncagliolo “insiste en representar a los campesinos [que sufrieron desproporcionadamente la violencia del conflicto] como una cultura básicamente autárquica y con poco contacto con la modernidad” (“Violencia” 253), algo que Dante Castro confirma al establecer que *Abril rojo* “abona la corriente burguesa de literatura de posguerra [pues] [n]o contiene una crítica de los sucesos que han marcado a fuego el subconsciente colectivo de millones de peruanos” (30).²

A pesar de su insuficiencia y desconexión social, los modelos de reconciliación que Cueto y Roncagliolo proponen han sido los que más atención crítica y visibilidad mediática han tenido tanto en la escena literaria del país como en los mercados editoriales internacionales (Saxton-Ruiz 149, Cox 44, Cárdenas Moreno 170). No obstante, es imperativo afirmar que las perspectivas ejemplificadas por *La hora azul* y *Abril rojo* no son las únicas versiones de reconciliación avanzadas en el campo literario peruano. La novela *La voluntad del molle* (2006) de la escritora cusqueña Karina Pacheco Medrano presenta, por ejemplo, una aproximación alternativa a la reconciliación propuesta por Cueto y Roncagliolo mediante el conjunto de cambios subjetivos experimentados por sus personajes, los que constituyen una alegoría del proceso de reconciliación en el Perú.³ Esta aproximación consiste no solo en acercarse al “Otro” que fue víctima de la violencia sino también desenterrar y reforzar las conexiones afectivas con él para eliminar la distancia social que lo hace ajeno y, por consiguiente, para guardar el duelo que se merece. A través de la trama de la novela, dos hermanas pertenecientes a la clase alta cusqueña descubren poco a poco el sufrimiento y la doble vida que su fallecida madre tuvo

que soportar debido a los ridículos prejuicios raciales de sus padres y a la imperdonable naturaleza de la estructura social apoyada por las élites de la ciudad, una doble vida conectada íntimamente al conflicto y a la violencia que este produjo. Este hallazgo provoca que las hermanas revaloren los lazos que tienen con su familia y con el resto de su entorno social, así como sus actitudes frente al conflicto y a las memorias que guardan del mismo. Tal análisis les permite ver la realidad peruana a través de un renovado y más claro lente, un lente que les da la posibilidad de verificar que, aunque las barreras sociales que las separan de ese “Otro” que vive en los márgenes y que sufrió la mayoría de la violencia están siempre presentes, la distancia afectiva que existe entre ambos segmentos sociales es mínima, virtualmente inexistente. Esta perspectiva hace que las hermanas estructuren una renovada subjetividad que las conecta con este “Otro” haciéndolo menos ajeno, que las desafía a reconocer su propia responsabilidad en la dinámica de desprecio que avivó las llamas de la violencia política de los años ochenta y noventa, y que las motiva a hacer cambios específicos en su percepción social propia y en la realidad que las rodea.

Este ensayo arguye, por lo tanto, que el tipo de reconciliación promovida por *La voluntad del molle*, a diferencia de la propuesta en *La hora azul*, consiste en reconocer en uno mismo los prejuicios que fomentan la discriminación del “Otro” en el Perú y sacar a la luz las innegables conexiones afectivas que unen a todos los que se consideran peruanos. En otras palabras, la novela de Pacheco Medrano, presentando la revisión afectiva de sus protagonistas como una alegoría de los procesos de reconciliación en el Perú posconflicto, sugiere que no es suficiente que los peruanos que ostentan poder sientan culpa por lo que *dejaron hacer* durante el periodo de violencia política sino también tomar las medidas políticas y sociales necesarias para aceptar y afianzar el rol de los segmentos poblacionales subalternos en cómo articulan sus ideas de lo que es el Perú; es decir, para considerar a todos los habitantes del país como piezas propias del ensamblaje que es el Perú. Este planteamiento concuerda con los parámetros discursivos de la CVR pues, como se indica en el *Informe final*, “el compromiso por la reconciliación compromete . . . a la sociedad peruana en su conjunto . . . [porque] es ella la que debe reconciliarse consigo misma [y] debe hacerlo creando relaciones de reconocimiento recíproco que hagan posible la refundación del acuerdo social entre todos [los peruanos]” (IX: 13-14).

La revisión de subjetividad sugerida por *La voluntad del molle* es ejemplificada en las modificaciones que Nena (cuyo nombre oficial es Elena, como su madre) y su hermana Elisa hacen en su autopercepción personal a partir del descubrimiento de un baúl rojo mientras hurgan en las pertenencias de su recientemente fallecida madre. A través de un sutil pero potente ejercicio de memoria familiar, las hermanas rememoran y revaloran la vida de Elena a partir de la información

incluida en las pocas fotos y numerosas cartas que encuentran en el baúl. El autor de estas misivas es Alejandro Ramírez Carhuarupay quien, como la novela establece a lo largo de la trama, fue el profesor de historia de Elena durante su último año de secundaria y con quien la joven estableció un romance significativo e intenso a pesar de no contar con la autorización de sus padres, Gema y Juan, quienes consideraban a Ramírez inferior por provenir de una familia de raíces indígenas y de origen campesino.⁴ Aunque enterarse de la existencia de este amorío es ya difícil para las hermanas (que hasta ese punto piensan que su madre sólo había tenido ojos para su padre), Nena y Elisa descubren un dato mucho más doloroso en las cartas del baúl: Elena tuvo un hijo con Alejandro antes que ellas nacieran. Este niño, quien recibió el nombre de Javier, fue arrancado de su madre a los pocos días de nacer y, con el propósito de no manchar la impecable reputación de la familia, Gema lo entregó a una pobrísima familia indígena regentada por una abusiva pareja de alcohólicos a cambio de intermitentes entregas de dinero. Durante la retrospectiva pesquisa que las hermanas hacen de la vida de su madre a través de las cartas del baúl, ellas también se enteran de que sus abuelos confeccionaron una acusación falsa de violación contra Alejandro que lo envió a la cárcel por varios años. Estas noticias, sin embargo, no son los datos más angustiosos que Nena y Elisa encuentran en el baúl. La verdad que enfrentan en las cartas que les causa más angustia e incomodidad y que, en realidad, las hace cuestionar su entorno social es que, aunque su hermano fue rescatado de la abusiva pareja de alcohólicos por Alejandro, los traumas sufridos por Javier durante sus primeros años de vida, así como el resentimiento producido por haber crecido separado de su madre, lo condujeron a unirse a Sendero Luminoso y, finalmente, ocasionaron su muerte.

Racismo y subjetividad

Las cartas de Alejandro proporcionan a las hermanas una introducción a las desconocidas y trágicas dobles vidas de su madre y hermano, pero los parámetros del cuestionamiento subjetivo ejercido por Nena y Elisa a partir del descubrimiento de esta incómoda verdad son también establecidos a través de las interacciones que ambas tienen con personajes que desempeñaron algún tipo de papel en la terrible historia de Elena: Julia (su mejor amiga y, en un momento, su cuñada), Fernando (su hermano mayor, quien estuvo casado con Julia), Alejandro (quien está nuevamente en la cárcel, esta vez condenado por terrorismo), Matilde (la madre de Alejandro), Florinda (la empleada doméstica en la casa de sus padres) y Otilia (la sirvienta en la casa de su tía Charo). La cantidad y diversidad en el estatus socioeconómico de los personajes que sirven como fuentes de información para que Nena y Elisa reconstruyan la accidentada historia de su madre y hermano representan los estratos de la

sociedad peruana e indican la existencia de una determinación infranqueable por parte de las hermanas para encontrar la “verdad” sobre lo ocurrido. Tener un conocimiento íntimo de las tristes existencias que su madre y hermano afrontaron es necesario para que las hermanas puedan tomar acciones precisas para contrarrestar y subsanar los nocivos efectos generados a partir de las viles acciones de la familia de Elena y para poder alcanzar la reconciliación con Javier, el hermano al que no conocieron, pero de cuyo sufrimiento se sienten indirectamente responsables, y consecuentemente “hacerlo propio”. El tipo de determinación mostrado por las hermanas, notablemente ausente en muchos de los debates actuales sobre el conflicto, no se limita entonces a aprender de ese “Otro” que sufrió abusos durante la época de la violencia sino propone usar este conocimiento para acercarse más a él y para dejar de considerarlo como “ajeno”.

Nena y Elisa consolidan su acercamiento con ese “Otro” al establecer una simbólica pero potente relación afectiva con Javier y al aceptarlo como su hermano; es decir, reconciliándose con él. El establecimiento de estos lazos acerca a *La voluntad del molle* a la lista de trabajos culturales influenciados por la CVR, los cuales, según las ponderaciones que Margarita Saona efectúa de las ideas de Jeffrey Alexander y Peter Singer, buscan articular una “memoria colectiva” del conflicto para generar “forms of empathy even in those who might not have actual recollection of the events, but are capable of understanding and identifying with the loss experienced by victims and survivors of social trauma” (2).⁵ Como representantes de las clases medias y altas peruanas que intencionalmente se desentendieron del sufrimiento de las comunidades indígenas del conflicto, las hermanas sienten empatía con su hermano y, aunque no discuten en ningún momento su participación en acciones violentas del conflicto, se identifican con su sufrimiento.

Es importante resaltar aquí la carga alegórica que la reconciliación entre las hermanas y Javier acarrea. Según el *Informe final*, la reconciliación debe ser practicada en tres niveles distintos: el político (entre el Estado y la sociedad), el social (entre las instituciones y los grupos subalternos) y el interpersonal (entre individuos) (IX:14). A primera vista, las investigaciones que las hermanas hacen para acercarse a Javier parecen conectarse solamente al último de los tres niveles pues su principal objetivo es encontrar la “verdad” sobre su hermano para poder conectarse con él. Cuando se considera que Nena y Elisa van más allá de la acumulación de información sobre Javier y que modifican sus propias subjetividades para superar las brechas sociales que las separan de su hermano, sin embargo, uno discierne que el proceso de reconciliación interpersonal entre los tres personajes es presentado en la novela como una alegoría de cómo los otros dos niveles de reconciliación deben ser implementados. En otras palabras, *La voluntad del molle*, sugiere que los procesos de reconciliación políticos y sociales

deben adoptar el mismo nivel de dedicación y autocrítica subjetiva que las hermanas efectúan para “hacer propio” a Javier quién, en esta dinámica alegórica, se convierte en la representación de las víctimas del conflicto que resultan ajenas a las élites peruanas.

Hacer propio algo que ha sido históricamente considerado ajeno implica la superación de varios obstáculos. El que se resalta con más énfasis en *La voluntad del molle* es el subjetivo pues, al perseguir la incómoda verdad detrás de la triste historia de su madre y hermano, Nena y Elisa deben afrontar un dato personal inclusive más incómodo: su propia (y a veces involuntaria) responsabilidad en la perpetuación de la racista y desigual estructura social del Perú y, por ende, su pasiva complicidad ante los sufrimientos de las poblaciones indígenas que fueron azotadas desproporcionadamente durante el conflicto. Acatar esta responsabilidad no es una tarea fácil para las hermanas, pues el acto desafía las maneras viscerales de pensar (Raymond Williams les llama “estructuras de sentimiento”) sobre raza y estatus social que se tienen en el Perú contemporáneo, así como las secuelas que estas actitudes acarrearán en los segmentos subalternos del país. De acuerdo con la definición dada por Félix Guattari, la subjetividad es “[t]he ensemble of conditions which render possible the emergence of individual and/or collective instances as self-referential existential Territories, adjacent, or in a delimiting relation, to an alterity that is itself subjective” (9). Desafiar una práctica tan arraigada en el contexto social peruano como el racismo, implicaría cuestionar las condiciones estructurales que conducen al desprecio e indiferencia que las élites nacionales sienten hacia las poblaciones mestizas e indígenas. Esta sería una empresa que muy pocos en la clase dominante peruana estarían dispuestos a hacer pues dejar de lado el crónico racismo que se vive en el Perú pondría en riesgo el poder que las élites ejercen en el país.

La voluntad del molle propone cuestionar los numerosos ensamblajes de condiciones que dan lugar a la normalización del racismo tanto en las instancias individuales como en las colectivas de la subjetividad peruana. Sin embargo, es importante notar que la novela resalta y enfatiza el cuestionamiento de las condiciones asociadas a las pretensiones individuales de dicha subjetividad. Guattari afirma que este tipo de exhortaciones se genera cuando “persons, taken as responsible for themselves, situate themselves within relations of alterity governed by *familial habits*, local customs, juridical laws, etc.” (9, énfasis mío). La fase inicial del cambio subjetivo que las hermanas hacen a lo largo de la novela consiste, entonces, en tomar responsabilidad de sí mismas y cuestionar las influencias que han institucionalizado el desprecio hacia las poblaciones indígenas y mestizas del país y que, a su vez, han generado en sus instancias subjetivas individuales la percepción que el racismo es una parte normal y común del contexto social peruano. Este es un largo proceso para Nena y Elisa pues, como

explicaré en lo que sigue y como queda claro al inicio de la novela, las hermanas tienden a suscribirse a los *hábitos familiares* (adjetivo que leo aquí en ambas connotaciones semánticas) y las costumbres locales que posicionan a la población indígena del país fuera de los márgenes sociales. Los *ensamblajes de condiciones* que generan las percepciones que ambas mujeres tienen sobre sí mismas, están construidas, entonces, a partir de una relación de alteridad que normaliza el racismo en la sociedad, que las separa cabalmente de la población indígena que experimenta la discriminación y que presenta como “ajeno” a todo grupo social fuera de las élites peruanas representadas por su abuela Gema.

Elisa vocaliza la existencia de un marco subjetivo que endosa la discriminatoria naturaleza de su entorno familiar al mencionar tímidamente a Nena, al inicio de la novela, que sus “abuelitos son lindos, pero . . . también tienen detalles bastante desagradables” (42). Aunque esta afirmación toma lugar antes de que las hermanas hayan podido constatar la responsabilidad de Gema y Juan en la separación de Elena y Alejandro y en el desprendimiento de Javier de los brazos de su madre, las palabras de Elisa dejan claro el hecho de que tanto ella como su hermana están ampliamente familiarizadas con los defectos morales de sus abuelos incluyendo, por supuesto, su racismo. Esto se hace evidente durante el “trabajo de memoria” que ambas mujeres hacen de los recuerdos que guardan del papel que la familia de Elena tuvo en su vida a partir de la lectura de las cartas que encuentran en el baúl.⁶ Las hermanas, por ejemplo, recuerdan el desprecio con el que Gema y Juan trataron a Julia durante su matrimonio con Fernando por considerarla racialmente inferior a él. Nena y Elisa revaloran este desprecio a través del lente esclarecedor provisto por las incómodas verdades encontradas en el baúl y retrospectivamente concluyen que los desplantes y humillaciones que Gema y Juan infligieron en Julia no pueden ser atribuibles simplemente a la estereotípica aversión entre suegros e hijos políticos sino al hecho de que los padres de Fernando veían la relación de su hijo y Julia como una amenaza a su alto estatus social. Esta percepción se cristaliza cuando Nena describe a Julia como “una mujer alta, morena, con notoria ascendencia mulata”, admitiendo inmediatamente después que usar la palabra “mulata” “para referirse a un familiar [era] tabú en [su] familia” (48).

La retrospectiva lectura que las hermanas hacen del desprecio que sus abuelos mostraron frente a Julia durante su matrimonio con Fernando hace que la descripción cuasi-negativa que Elisa realiza de ellos en las primeras páginas de la novela sea insuficiente, discursivamente débil y representativa de lo normalizado que es el racismo en su entorno social, una característica que se cristaliza cuando se reducen las nefastas actitudes racistas de Gema y Juan al eufemismo “detalles desagradables”. El uso de estas dos aparentemente inofensivas palabras insinúa también que las hermanas adoptan elementos del discurso racista dominante en su estrato social. Nena y Elisa, sin

embargo, toman conciencia de esta adherencia y de la tácita complicidad en los sufrimientos de las poblaciones subalternas del Perú que esta implica a medida que aprenden más sobre cómo el racismo de sus abuelos tuvo un demoledor efecto en la vida de su madre y de su hermano. Reconocer la existencia de esta complicidad y tomar la debida responsabilidad individual de la misma constituye entonces una herramienta clave en cómo las hermanas reconstruyen sus subjetividades y en cómo aprecian las incómodas verdades provistas por el baúl.

Orden vs. cambio

La complicidad tácita que las hermanas empiezan a reconocer mediante las cartas de Alejandro y la subsecuente reevaluación de las actitudes racistas de sus abuelos resalta la atribución que Guattari otorga a los *hábitos* como factores en la construcción de las instancias individuales de la subjetividad. Jon Beasley-Murray extiende el alcance subjetivo de los hábitos al establecer que “[s]ocial order is secured through habit and affect: through folding the constituent power of the multitude back on itself to produce the illusion of transcendence and sovereignty” (ix). En la sociedad peruana, el orden social dominante que se asegura mediante hábitos y efectos y que es simbolizado vehementemente por Gema, se cimenta en el racismo hacia las comunidades indígenas y se exterioriza en actos y pronunciamientos que, aunque son innegablemente discriminatorios, no son vistos como algo fuera de lo común en el contexto social donde la trama toma lugar. Esta normalización se puede apreciar en la reacción que las hermanas tienen al encontrar las fotos de un niño en el baúl que también contiene las cartas de Alejandro. Mientras aprecia la primera imagen, y antes de enterarse que la persona en las fotografías es su hermano Javier, Nena describe al chico del retrato como “un adolescente delgado, *moreno*, con una mirada indolente que contrastaba con un fondo de montañas nevadas al atardecer” (31, énfasis mío). En esta afirmación, como en el habla típica del Perú, el adjetivo “moreno” funciona como un eufemismo para describir a una persona que no es blanca y se lo usa para evitar palabras cuya pronunciación resulta socialmente incómoda como “mulato”, “indígena” o “negro”. Al referirse a Javier de este modo, Nena confirma que en ese punto de la trama ella todavía está influenciada por el discurso racista representado por su abuela pues el chico de la foto le resulta “ajeno” por el simple hecho de ser “moreno”.

Algo similar ocurre cuando Nena adjetiva la mirada de Javier como “indolente” pues hace eco de los estereotipos atribuidos históricamente a las comunidades indígenas de los Andes evidenciados en la lista de “observaciones” hechas por Enrique López Albújar en “Sobre la psicología del indio” como, por ejemplo, el apartado que estipula que la “impasibilidad [del indio] ante el peligro asombra

[porque] [p]odría creerse temeridad [pero] sólo es indolencia” (1). Además del adjetivo “indolente”, Nena también se permite describir a la mirada de Javier en algunas de las fotos que encuentra en el baúl como “pétrea” e inclusive “asesina” (31) apelando, nuevamente, a la estereotípica propensión a la violencia que se atribuye al hombre indígena y que López Albújar sintetiza al calificar al indio como “combativo” (2).

A pesar de que el uso de estos términos para describir a Javier confirma la predominancia de los hábitos en el racista orden social promovido por las élites peruanas, la instauración de estas mentalidades como hábitos solo cumple con uno de los requisitos que Beasley-Murray plantea necesarios para consolidar un orden social determinado. El otro requisito es el afecto, una extensiva noción teórica que Melissa Gregg y Gregory Seigworth definen como,

an impingement or extrusion of a momentary or sometimes more sustained state of relation *as well as* the passage (and the duration of passage) of forces or intensities. That is, affect is found in those intensities that pass body to body (human, nonhuman, part-body, and otherwise), in those resonances that circulate about, between, and sometimes stick to bodies and world, *and* in the very passages or variations between these intensities and resonances themselves. (1)

El afecto que se pone en juego en la dinámica social del Perú es, sin duda, el que emana del arraigado prejuicio racial que las élites nacionales sienten hacia las poblaciones indígenas y rurales del país y que se pone en evidencia en el uso del eufemismo “moreno” y del estereotipado uso de los adjetivos “indolente”, “pétrea” y “asesina” que Nena efectúa al describir la mirada de Javier. Este racismo consolida, entonces, un orden social que galvaniza la desigualdad crónica que existe entre peruanos y que garantiza a las élites su continuidad en el poder.

Aunque el uso que las élites ejecutan del afecto que irradia este racismo tiene como principal objetivo la consolidación de su poder, el afecto, en general, “bears an intense and thoroughly immanent neutrality” (Gregg y Seigworth 10). Beasley-Murray extiende esta neutralidad a los hábitos y estipula que “[s]ocial change, too, is achieved through habit and affect” (x). En otras palabras, los hábitos y afectos que se utilizan para consolidar cierto orden pueden ser también puestos en acción para generar cambios sociales que busquen alterar el estatus quo promovido por tal orden. Según este modelo, el orden social que en el Perú se suscribe al racismo y a la discriminación puede ser superado con la adopción de hábitos y afectos diferentes a los que actualmente caracterizan la dinámica social del país. Esta prescripción, por supuesto, es engañosamente simple pues, como el mismo Beasley-Murray explica, “change is not a matter of substituting one program for another” (x). El poder

transformador de los hábitos y los afectos es, por lo tanto, indiscutible, pero, como el proceso reconciliatorio interpersonal presentado por la novela alegoriza, este cambio debe empezar con el reconocimiento y repudio de nuestros propios prejuicios y con la adopción de acciones puntuales para contrarrestar los efectos (y afectos) negativos que estos producen.

En *La voluntad del molle*, el segmento social al que las hermanas pertenecen no posee la voluntad necesaria para realizar cambios en sus hábitos y afectos. Nena admite, por ejemplo, que ella y sus amigos nunca se habían “sentido indios” aún frente a sus rasgos físicos andinos o a sus costumbres o, inclusive, a su acento (196). Es más, la joven cusqueña confiesa que “asumir[se] como mestizos era algo que se atragantaba, que producía rubores, escozores” (196). Esta declaración, junto con las problemáticas descripciones que Nena hace de Javier, confirma que las hermanas, al principio de la trama, se habían suscrito a los hábitos y afectos avanzados por el orden social reinante en su entorno cercano y que, aunque compartan algunas características culturales con lo que consideran “indio” o “mestizo”, ambas identidades y por ende segmentos poblacionales les resultan “ajenos”.

Hábitos y afectos

La sutil adherencia al discurso racista que Nena y Elisa exhiben en las primeras páginas de *La voluntad del molle* es finalmente reemplazada por una subjetividad formada por hábitos reflexivos que asumen responsabilidades propias en la dinámica de desprecio y que promueven la inclusión de los segmentos históricamente marginalizados de la población peruana. Esta renovada subjetividad promueve también afectos que mueven a las hermanas a resaltar sus conexiones con ese “Otro” que antes sólo veían a la distancia y a hacer de él un elemento “propio” en su percepción de la realidad peruana. Mediante este proceso de reevaluación subjetiva, *La voluntad del molle* concuerda con Beasley-Murray en lo importante que son los hábitos y los afectos en la promoción de transformaciones sociales pero indica que, en el Perú, el primer paso a tomar para obtener una reestructuración social sostenible que produzca la tan ansiada reconciliación propuesta por la CVR es el cuestionamiento y la reconfiguración de las subjetividades individuales de aquellos peruanos quienes, como las hermanas antes del baúl, no se dan cuenta (o prefieren no darse cuenta) de cómo sus acciones repercuten en la fragmentación social del país.

La reconfiguración subjetiva de Nena y Elisa toma lugar mediante la evaluación que las hermanas hacen de sus conexiones personales con personajes representativos de los divergentes segmentos poblacionales de la sociedad peruana durante y después del conflicto armado. Aunque varias de estas relaciones son revaloradas a lo largo de la novela (entre las dos hermanas, entre Nena

y su enamorado Eduardo, entre Elisa y su novio Carlos, entre sus abuelos, etc.), los procesos experimentados por dos conexiones específicas son particularmente ilustrativos de los cambios subjetivos experimentados por ambas protagonistas: la regresión (pero no completo rompimiento) de la relación que estas tienen con Gema y Juan (representantes indiscutibles de las élites del país) y el desarrollo de una conexión con Javier (quien representa a los grupos subalternos que sufrieron la mayor parte de la violencia política).

Estas dos relaciones son mencionadas en las escasas obras críticas dedicadas a la novela. Rebecca Thompson, por ejemplo, menciona que “[Elena’s] divided love for two separate families forces [the sisters] to question their own familial ties” (226) y Mónica Cárdenas Moreno sostiene que ambas mujeres “a lo largo de su investigación, se separan sentimentalmente de los abuelos, sobre todo de la abuela Gema, en quien ven la representación de la injusticia y el autoritarismo que ha gobernado por tanto tiempo al país” (177). Aunque la relevancia de estas conexiones se aprecia en ambas referencias, ninguno de los dos trabajos se embarca en un análisis de estas ni tampoco las sitúan en el contexto político posconflicto, creando así el vacío crítico que este ensayo busca llenar. Abordemos primero la relación entre las hermanas y sus abuelos. Como se analiza en las páginas anteriores, al principio de la trama, Nena y Elisa tienen a sus abuelos maternos en una relativamente buena estima (Elisa los llama “lindos”) y, aunque están al tanto de sus defectos, no los consideran particularmente oprobiosos (los describen simplemente como “detalles bastante desagradables”). Esta aprobatoria posición, no obstante, se va desmoronando a medida que Nena y Elisa se familiarizan con el sufrimiento que su madre, Alejandro y Javier padecieron a partir de las terribles acciones que ambos abuelos, pero especialmente Gema, tomaron para “proteger” el estatus social de su familia.

La primera manifestación de este desmoronamiento es un desborde emocional de Elisa después de leer una carta donde Alejandro insta a Elena a no exigir de sus padres una admisión de culpa por haberles arrancado a su hijo y enfocarse en obtener de ellos cualquier información que los pueda acercar al niño. Al terminar la carta, Elisa se echa a llorar, marca el número de teléfono de la casa de sus abuelos y, asegurándose que Gema esté al otro lado del auricular, le vocifera lo siguiente: “--¡No me hables con ese tono de babosa! ¡Desgraciada! ¿Creías que nunca nos íbamos a enterar? Jamás vuelvas a llamarnos, ¡sácanos de tu agenda! ¡Maldita!” (58).

A pesar de que este arrebato marca una grieta en la relación entre Elisa (y por consiguiente Nena) y su abuela, una grieta que no es subsanada en la acción narrativa de la novela, la conexión afectiva (pero no necesariamente sentimental) que une a estos personajes es demasiado compleja para terminar con un simple estallido emocional como el previamente descrito. Las profundizaciones de

Gregg y Seigworth sobre las fuerzas o intensidades que están en juego en las dinámicas afectivas son de ayuda para entender esta complejidad pues,

those forces—visceral forces beneath, alongside, or generally *other than* conscious knowing, vital forces insisting beyond emotion—can serve to drive us toward movement, toward thought and extension, that can likewise suspend us (as if in neutral) across a barely registering accretion of force-relations, or that can even leave us overwhelmed by the world's apparent intractability. (1)

Las emociones que existen entre las hermanas y sus abuelos son, por lo tanto, solo parte de su relación. Insultar a Gema o inclusive dejar de tener contacto con ella no es suficiente, entonces, para disolver las otras fuerzas (viscerales y que van más allá de lo emocional) que conectan a las hermanas con su abuela. Este hecho se hace evidente cuando Gema sufre un preinfarto a unos días de recibir el ataque verbal de Elisa por teléfono. Después de haber sido notificada por Juan de la delicada salud de su abuela, Nena narra el siguiente intercambio con su hermana:

—Me da pena y cólera—dijo [Elisa]—. Ha hecho tantas cosas terribles y ahora me duele tanto que se pueda morir.

—¿Qué hacemos? —pregunté—. El abuelito dice que no le queda mucho tiempo. ¿Le damos el gusto de despedirse o nos quedamos?

[Elisa] [m]e miró muy extrañada.

—¡No podemos quedarnos acá! —respondió resuelta. Sobre la marcha se quitó el pijama y empezó a vestirse.

—Yo necesito ducharme —le dije.

—¿Estás loca? Mamá Gema se está muriendo. Vamos de una vez. Tenemos que despedirnos de ella —enfaticó. (89)

Aunque las emociones de “pena” y “cólera” afloran en Elisa al escuchar la noticia, la determinación con la que el personaje aborda ir a despedirse de Gema señala la existencia de una impetuosa fuerza afectiva que supera el poder de sus emociones y que la insta a acercar su cuerpo al de su agonizante abuela. Este afecto que conecta a los cuerpos de Elisa y Gema, siguiendo lo estipulado por Gregg y Seigworth, aparenta estar fuera de los dominios de lo consciente pues ocurre poco después de la arremetida telefónica de la nieta. La reacción de su hermana frente a la firme decisión de Elisa resalta la posición al margen de lo consciente de la misma pues, como Nena admite, “[se] qued[ó] impresionada porque a la voz [de Elisa] que hacía dos días había dicho sin miramientos barbaridades a la abuela se le había pasado la ira y ahora estaba emplazando[la] para llegar cuanto antes para

abrazarla” (89-90). La indignación que había llevado a Elisa a proferir insultos a su abuela sucumbe, entonces, al fuerte afecto que las une.

La sorpresa que Nena muestra ante la reacción de su hermana es solo temporal pues ella también se involucra en acciones que confirman la existencia de una fuerza afectiva que la une a su abuela, una fuerza no asaz diferente a la que Gema tiene con Elisa. Al observar a la enferma descansar, Nena especula sobre esta relación afectiva y admite que “así como mamá [Elena] nunca llegó a apartarla de su vida, así nos tenía [Gema] a Elisa y a mí, pendientes, incluso sufrientes ante la posibilidad de su muerte, pese a que ya habíamos descubierto sus fechorías” (96). Más allá de verificar la existencia de una afectividad entre ella y su abuela, esta afirmación confirma que la existencia del afecto que une a Nena con Gema está fuera de lo consciente y que, aunque la joven es capaz de reconocer la maldad de su abuela, no puede negar los efectos de su conexión afectiva con ella. Una reacción sentimental dentro de la potestad de lo consciente sería que las hermanas no fueran a visitar a la enferma a causa de la indignación que sienten frente a ella o inclusive el odio que Elena pudo haber tenido contra su madre. Estos sentimientos, entendibles en cierto sentido, se rinden, hacia la potencia afectiva que une a las tres mujeres.

La complejidad de la conexión afectiva entre Nena, Elisa y su abuela es análoga a la que toma lugar en el contexto social peruano pues, aunque el racismo avanzado por las élites ha generado y continúa generando estragos en los segmentos subalternos de la sociedad nacional, es imposible y antiético negar el papel que la clase dominante tiene en la construcción de la identidad peruana. Tal aproximación estaría destinada al fracaso pues, como Beasley-Murray propone, implicaría simplemente reemplazar un programa por otro y, además, desestimaría los lazos afectivos que unen a los peruanos que *La voluntad del molle* busca resaltar.

La existencia de estas conexiones afectivas no implica, sin embargo, la indiscutible aceptación de las estructuras de opresión puestas en juego por la clase dominante. En la novela, la existencia de este espacio de disidencia permite a las hermanas cambiar la percepción que tienen de su abuela y cuestionar la mentalidad racista que la caracteriza, y que también caracteriza a sociedad cusqueña (y por ende peruana). Sería imposible para Nena y Elisa continuar teniendo la misma perspectiva de Gema después de haber cobrado conocimiento de “sus fechorías”. Aún así, al final de la novela, y aunque Gema ya no es “linda” para las hermanas sino, como la llama Alejandro en una de sus cartas, “un ser verdaderamente peligroso” (68), con la excepción del arrebato de Elisa (que, sea dicho de paso, no vuelve a ser mencionado después del preinfarto y subsecuente recuperación de Gema), las hermanas no protestan abiertamente los abusos de su abuela ni cercenan su relación con ella. Esta

particularidad narrativa es, a priori, problemática pues parece sugerir que las transformaciones en las subjetividades de las hermanas contradicen el proceso de revalorización subjetiva en el que la novela basa su propuesta de reconciliación. Thompson reflexiona sobre el ambiguo final de la novela acotando que,

The plot lacks a resolution: The girls figure out the secrets of their family, but we never find out what they do with such knowledge, *aside from the reconstruction of their relationship with Alejandro's mother and their recognition of Alejandro and Elena's son as part of their family*. Neither girl's personal romantic relationship is resolved, nor is their relationship with their meddling grandmother, and the sisters themselves seem reluctant to actually make any decision whatsoever about their lives, even just about spending time opening up the letters. (228, énfasis mío)

Aunque concuerdo con Thompson en la apreciación que considera la trama de la novela irresoluta, discrepo con la implícita pasividad que la cita anterior atribuye a las hermanas al sugerir que estas se rehúsan a tomar decisiones importantes en su vida. Erigir una relación con Matilde y reconocer a Javier como parte de su familia son acciones que aseveran de por sí la existencia de una intencionalidad determinada en Nena y Elisa, una intencionalidad que las convierte en agentes activos en su transformación subjetiva, en su deseo por hacer “propio” al “Otro” representado por Javier y, mediante la relación alegórica propuesta por la novela, en el proceso de reconciliación.

Esta misma intencionalidad se hace evidente en la decisión que las hermanas toman de no cercenar completamente la relación que tienen con su abuela pues esta revela un importante hito en el proceso de reevaluación subjetiva que Nena y Elisa emprenden a partir del descubrimiento de las cartas de Alejandro: la adopción de un estrategia política que pretende contrarrestar la dinámica de desprecio que causó el sufrimiento de su madre y hermano recogiendo la mayor cantidad de versiones sobre lo ocurrido pero dándole la mayor importancia discursiva a las que son enunciadas por los “Otros”, aquellos que fueron directamente afectados por la tragedia pero que, por su marginalización social, usualmente no tienen la posibilidad de elevar su voz sobre la misma (las empleadas domésticas de las casa de Charo y Gema, Alejandro y Matilde). Esta estrategia, reconocida por Thompson al mencionar que las varias exégesis que las hermanas recogen para reconstruir la trágica historia de Elena muestran que “Pacheco draws attention to the idea that history is like a quilt sewn from many voices” (227), no acarrea la apatía que se atribuye a los personajes en la lectura del final de la novela que la misma Thompson ofrece. Por el contrario, certifica que el acopio de información ejecutado por las hermanas es el primer paso para encontrar la verdad que finalmente servirá para denunciar el arraigado

racismo en el Perú; es una maniobra que, sin atraer atención, desafía el poder de sus abuelos que representan alegóricamente a las élites nacionales y que, por lo tanto, buscan mantener el estatus quo social. Nena evidencia esta postura diciéndose a sí misma que “[s]i quería conocer la verdad era mejor disimular. Engañar. Fingir. [y que] Si deseaba saber más, incluso si pretendía hablar con Alejandro Ramírez, [su] abuela no debía enterarse de que Elisa y [ella] había[n] descubierto el baúl que la denunciaba” (115).

Haciendo propio lo ajeno

La recolección de versiones subalternas sobre lo ocurrido a Elena, Javier y Alejandro sirve también como evidencia de la determinación que las hermanas tienen en adoptar nuevos hábitos para reconstruir sus subjetividades pues, como Guattari señala (haciendo eco de lo dicho por Bakhtin), la subjetividad tiene una naturaleza plural y polifónica que no puede ni debe ser dominada ni determinada por un único factor subjetivo (1). Las hermanas, por lo tanto, al mantener a su abuela al margen de sus descubrimientos y al darle más relevancia a las versiones alternativas de los trágicos eventos experimentados por su madre (que funcionan como agentes metonímicos de las desgracias del conflicto), logran dismantelar la trama de mentiras que sostienen los hábitos discriminatorios que contribuyen a la consolidación del racista y discriminatorio orden social que Gema, representante de las élites nacionales, tiene como objetivo perpetuar. Este dismantelamiento, a su vez, abre el camino al proceso de reconciliación propuesto por la novela pues es a partir de este punto que las hermanas pueden, finalmente, hacer “propio” a Javier y, por extensión alegórica, a todas las víctimas del conflicto.

La reconciliación entre Nena, Elisa y Javier se consolida de diferentes maneras a lo largo de los últimos capítulos de la novela. La primera indicación provista por el texto toma lugar cuando las hermanas deciden visitar el desván de su casa familiar donde Elena ocultó a su hijo cuando este estaba siendo buscado por la policía. Este desván, “el lugar donde Javier durmió su última noche a salvo” (243) antes de que el esposo de Elena denunciara su presencia y produjera su captura, posee una carga altamente afectiva para Elisa y Nena, quien afirma que su presencia en esa habitación olvidada era porque “[h]abía[n] querido tocar, ver, respirar, el único lugar de la casa que fue [de Javier] durante algunos días” (243). Este deseo de interactuar con el espacio antes ocupado por su hermano, el cual tiene un origen indiscutiblemente afectivo pues denota la naturalidad visceral mencionada por Gregg y Seigworth, demuestra que Nena y Elisa ansían una identificación plena con Javier y que buscan (re)establecer el lazo emocional que los une pero que fue cercenado por Gema y su racismo.

Es necesario resaltar la sensorialidad con la que las hermanas buscan regenerar la conexión afectiva con Javier pues implica que el proceso de reconciliación propuesto por la novela no debe terminar con en el descubrimiento de la “verdad” de lo ocurrido sino extenderse al planteamiento de acciones puntuales con el objetivo de obtener reparaciones y sanciones dentro del marco de la justicia (*Informe IX:13*). Tocar, ver y respirar un espacio que alguna vez fue ocupado por Javier son, entonces, acciones alegóricas a través de las cuales Nena y Elisa buscan justicia para su hermano. A primera vista, estas técnicas parecerían tener un impacto mínimo en esta búsqueda de justicia, pero cuando uno toma en cuenta las muchas y difíciles decisiones y cuestionamientos que las hermanas deben efectuar para llegar a este punto, esta percepción cambia y uno se da cuenta del alto potencial que la restauración de lazos afectivos y el acercamiento entre individuos puede tener en los procesos de justicia transicional. Según Rebecca Root, quien se guía en las investigaciones antropológicas de Kimberly Theidon, la mejor evidencia para apoyar la efectividad de estas prácticas en el contexto peruano son las experiencias que se tienen en comunidades campesinas donde víctimas y victimarios no tienen el lujo de rechazar la reconciliación (como sí lo hicieron las élites en Lima) porque se ven forzados a coexistir en el mismo espacio social (155). El énfasis que estas comunidades ponen en asegurarse que el individuo que alguna vez fue victimario pida perdón por sus acciones, reciba un castigo (usualmente mediante trabajo restaurativo) y asuma responsabilidad mediante el diálogo abierto con la comunidad se basa, según Theidon, en el entendimiento del concepto de reconciliación como coexistencia que tienen las comunidades campesinas que experimentaron la violencia (107). La brecha que separa la efectividad de esta “micro-política de la reconciliación” con el concepto “macro-político” de la misma que se maneja en las élites limeñas indica, según Theidon, que los actuales procesos de reconciliación nacional fomentados por los líderes políticos del país tienen el potencial de convertirse en un tipo “reconfiguration of [the] elites’ pacts of domination and governability” si es que no son articulados mediante mecanismos de reconstrucción a los niveles locales e interpersonales (109).

La restauración de los lazos afectivos entre las hermanas y Javier puede explicarse como una ilustración del modelo micro-político de reconciliación mencionado por Theidon. Aunque la novela confirma que el primogénito de Elena está muerto (descuartizado después de haber sido capturado, torturado y asesinado por algún ente del gobierno durante los años del conflicto), Elena y Elisa son capaces de establecer con él un intercambio de “fuerzas e intensidades” afectivas mediante la información que obtienen al visitar a Matilde, la madre de Alejandro. Esta práctica, una ilustración clave de cómo la novela sugiere aproximarse a la herencia histórica y a las secuelas sociales del

conflicto, tiene un significativo impacto en las hermanas pues genera en ellas cuestionamientos subjetivos de amplia repercusión que las conducen a tener entendimientos más matizados de su propio (aunque a veces involuntario) rol en el arraigado racismo que se palpa en el Perú.

La información de más relevancia que Nena y Elisa obtienen sobre Javier en la casa de Matilde, la que los une más al hermano que desconocían tener, no es la transmitida por medio de palabras. Matilde solo confirma los sórdidos detalles que las hermanas ya conocen y matiza las fases más trascendentes en la triste historia de su hermano: su inmenso temor después de ser rescatado de la familia de alcohólicos, su mal humor y su rechazo de Elena causado por los traumas vividos durante sus años formativos, su sufrimiento en un colegio en el Cusco producto de las burlas de sus compañeros, su apego a la hermana adoptiva que finalmente lo insta a unirse a Sendero Luminoso, su trágica muerte y las peripecias de Elena para recuperar su cadáver. El conocimiento más impactante que las hermanas reciben al contactar a Matilde es que los hábitos de racismo y los afectos del desprecio que caracterizan a la dinámica social en el Perú no son problemas que les deben resultar ajenos, sino aberraciones sociales que ellas perpetúan mediante su práctica frecuentemente inadvertida. Esto se evidencia cuando Nena, al cerciorarse que Matilde no domina el español y prefiere hablar en quechua, reflexiona sobre “los terribles abismos que aíslan a unos ciudadanos de otros en un país como el [suyo], abismos buscados, porque a [ella] nunca [l]e atrajo aprender el quechua” (173). Nena también admite que si “hubiera visto [a Matilde] en la ciudad, la habría confundido con cualquiera de las ancianas indígenas que en ocasiones bajan desde las alturas andinas para ofrecer sus tejidos en los mercados o para rematar la carne de alguno de sus animales” (175). Es decir, que ella la hubiera ignorado y que se hubiera considerado extremadamente distante de ella.⁷ Una similar separación se aprecia cuando Nena rememora sus actitudes frente al conflicto armado. Después de admitir que nunca tomó parte de “ninguna acción o manifestación a favor de la paz ni de apoyo a las víctimas” (159), el personaje se pregunta si esta pasividad tuvo como verdadera motivación el miedo a quedar involucrada en el tumulto de la violencia o esa indiferencia hacia las comunidades indígenas que sufrían la mayoría de los abusos, esas “víctimas ajenas” (159).

Estas reflexiones, ciertamente notables viniendo de una mujer de la clase alta cusqueña, equivalen a la generalizada admisión de responsabilidad social ante la brutalidad del conflicto que las élites peruanas hicieron a partir de la publicación de las conclusiones de la CVR pero que es insuficiente para alcanzar la noción de reconciliación propuesta por la Comisión. Aceptar esta responsabilidad es también inaceptable dentro de los parámetros políticos y discursivos de *La voluntad del molle*. La novela, por lo tanto, propone transformar esta mezquina *mea culpa* en acciones puntuales, como el

acercamiento de las hermanas a la memoria de Javier y a Matilde, acciones que procuren el reconocimiento de los lazos afectivos que unen a aquellos pertenecientes a la clase dominante con esos “Otros” que también son parte de la vida del país pero que a quienes no se les considera parte de la sociedad peruana, es decir, parte de esas “víctimas ajenas” que sufrieron la mayor parte de la brutalidad del conflicto. En otras palabras, la novela prescribe que, para poder alcanzar la reconciliación propuesta por la CVR, los peruanos que forman parte de las élites, además de asumir su dolosa responsabilidad individual en la institucionalización de los hábitos asociados al racismo y de los afectos que surgen del desprecio a las poblaciones indígenas del país, deben hacer propias a las víctimas del conflicto y, como tal, deben guardar el debido duelo por ellas.

El duelo que las hermanas guardan por Javier toma varias formas en la estructura narrativa de la novela, pero la instancia de mayor repercusión alegórica (y por lo tanto política) ocurre cuando las hermanas van a visitar a Alejandro en la cárcel de Quencoro. Esta visita es una experiencia incómoda para ellas pues se sienten extremadamente ajenas en esa “interminable hilera de gente, casi en su totalidad pobre, que se apiñaba con cestas de mimbre, rafía o fustán, y costalillos de yute, portando fruta, panes y encargos diversos para sus familiares encarcelados” (249). Esta separación se hace evidente cuando Nena reflexiona que, aunque iban “vestidas con la ropa más sencilla” que pudieron encontrar, no consiguieron “no llamar la atención [y] [l]a gente que formaba fila a [su] lado [las] miraba extrañada” (250). Esta contrariedad se incrementa una vez dentro del penal y alcanza su nivel más alto cuando se encuentran finalmente con Alejandro y este les dice que “[e]sta situación les debe de resultar mucho más incómoda que [a él]”. Elisa le responde con un tímido “Sí” (252). La presencia de estas dos mujeres de clase alta en un penal para entrevistarse con un reo condenado por terrorismo para que ellas puedan clarificar aspectos de su propia historia familiar es algo que muy pocas personas de ese estatus estarían dispuestas a hacer; esto va en contra de los hábitos y afectos cimentados en la jerarquía social en la que habitan y, por lo tanto, se puede considerar como un pronunciamiento de desafío político. Para el propósito que las hermanas tienen de hacer propio a Javier, esta incomodidad es, sin embargo, necesaria pues acercarse a Alejandro es uno de los pocos recursos que tienen disponibles para poder restablecer los lazos afectivos con su hermano.

Sin embargo, hacer propio algo que se ha sentido tan ajeno por tanto tiempo no es fácil y *La voluntad del molle* ilustra esta dificultad mediante el largo y complicado proceso que las hermanas siguen para establecer su relación afectiva con Javier; incluyendo, por supuesto, la visita a Quencoro. Como se ha detallado en páginas anteriores, Nena tiene una reacción relativamente apática la primera vez que mantiene contacto con las fotografías que acompañan a las cartas del baúl, especialmente las que

muestran a ese “adolescente delgado, moreno [y] con una mirada indolente” (31), es decir, Javier. La desidia hacia el chico se confirma cuando Nena usa el adjetivo “atorrante” (32) para referirse a él y cuando Elisa le atribuye el despectivo título de “ese mocoso” (31). Nena, sin embargo, admite que se encuentra “tremendamente parecida a ese muchacho antipático cuyas fotos [su] mamá había atesorado” (35). Esta afirmación es significativa pues insinúa que el personaje reconoce la existencia de dos diferentes pero potentes corrientes afectivas. Primero está la que une a Elena con Javier, que se hace evidente en el sigilo con el que la madre de Nena y Elisa “había atesorado” las fotos, así como por el hecho de que las mismas estuvieran “muy gastadas por los bordes como si hubieran sido reiteradamente tocadas a lo largo de los años” (32-33). La segunda, y la que posee una connotación subjetiva y política más próxima a Nena, se elabora a partir del parecido que el personaje encuentra entre su rostro y el rostro del chico de la foto. Reconocer esta afinidad fenotípica, la cual podría significar que su padre biológico es Alejandro y no el padre de Elisa, indica que la joven está al tanto de la existencia de una conexión entre ella y Javier, aún sin conocer los nexos sanguíneos que los unen.

La trama de la novela no confirma ni desmiente que Alejandro sea el padre de Nena pero, después de interactuar por primera vez con Matilde y de reconocer su activo papel en los hábitos y afectos relacionados al racismo endémico de la sociedad peruana, el personaje transforma, según Cárdenas Moreno, “su inicial rechazo de las fotos de esos desconocidos [Alejandro y Javier] . . . en empatía e identificación” (186). La empatía mencionada en esta cita ciertamente sirve como punto de partida para la articulación de la relación afectiva que Nena (y por consiguiente Elisa) tiene con Javier y pone en contexto esa “mirada indolente” que su desconocido hermano presenta constantemente en las fotos que acompañan a las cartas de Alejandro. Mientras discuten los datos que Matilde proporciona sobre su nieto, por ejemplo, Elisa menciona a Nena que lo único que tienen de Javier son las fotografías del baúl, “fotos donde su mirada castiga”. “No sé si podríamos esperar otra cosa...”, responde su hermana (202). Estas reflexiones, acompañadas de la admisión que Nena hace al afirmar que si se hubieran topado con Javier sin conocer sus lazos familiares lo hubieran despreciado y no hubieran entablado una amistad con él (201), confirman el acatamiento por parte de las hermanas de su responsabilidad individual en el racista orden social que reina en el Perú y apuntan a la creación de un sentimiento de empatía ante los sufrimientos de su hermano.

El hecho de que las élites peruanas sientan remordimientos sobre el conflicto y empaticen con los sufrimientos de las comunidades indígenas que proveyeron la mayoría de sus víctimas, como se hizo después de la publicación del *Informe final* de la CVR, se debe leer como un importante pero insuficiente primer paso para la reconciliación. Vich propone, basándose en los conceptos de Judith

Butler, que el Perú debe adoptar un duelo general por todas las víctimas del conflicto “para distanciarse de cualquier triunfalismo que elude las deudas que han quedado pendientes y que insisten, una y otra vez, en la necesidad de continuar procesando lo peor del pasado” (*Poéticas* 263). Aunque es necesario indicar que las condiciones sociales y afectivas necesarias para que este duelo tome lugar todavía no están presentes en el Perú, Nena y Elisa, las protagonistas de *La voluntad del molle*, no se dejan amedrentar por el poder discursivo de las clases dominantes y adoptan hábitos y afectos que alegorizan el proceso de cambio social que sería necesario para subvertir el endémico racismo que aflige al país y conseguir la reconciliación.

Notas

¹ El interés de escritores galardonados y pertenecientes a la escena literaria capitalina en explorar algunas de las particularidades del conflicto armado en sus obras se extiende hasta el presente. Un ejemplo muy visible del interés actual en el tema es la novela *La distancia que nos separa* (2015) de Renato Cisneros, uno de los volúmenes más vendidos durante la Feria Internacional del Libro de Lima en el 2015 (FIL Lima 2015).

² Castro incluye en esta “corriente burguesa” a *Historia de Mayta y Lituma en los Andes* de Mario Vargas Llosa así como a *La hora azul* y *Pálido cielo* de Alonso Cueto (30). Cox, por otra parte, agrupa a *Abril rojo*, *La hora azul* y la novela *Un lugar llamado Oreja de Perro* (2008) de Iván Thays bajo la denominación de expresiones “de una ideología criolla sobre el mundo andino peruano” (40).

³ La versión de *La voluntad del molle* a la que se hace referencia a lo largo de este ensayo pertenece a la segunda edición de la novela publicada por el Fondo de Cultura Económica en el 2016.

⁴ Es importante notar aquí que el inicio del amorío entre Alejandro y Elena es problemático pues implica el desarrollo de una relación poco ética y desigual entre un profesor y una alumna adolescente. La novela, sin embargo, no cuestiona en ningún momento esta particularidad y, como justificación, la tía Julia, la mejor amiga de la madre, menciona a las hermanas que “[f]ue Elena quien lo buscó” y que ella no cree “que él se hubiera atrevido a cortejar a una alumna, menos si se trataba de una rubiecita de un colegio de clase alta” (Pacheco Medrano 72).

⁵ Saona incluye en esta lista a emblemáticas obras culturales relacionadas al conflicto como la exposición fotográfica *Yuyanaq: Para recordar* editada por la propia CVR así como los monumentos de conmemoración del conflicto localizados tanto en Lima como en Ayacucho.

⁶ El término “trabajo de memoria” corresponde a Annette Kuhn quien estipula que “[a]s a practice that begins with the practitioner’s own material -- her memories, her photographs -- memory work offers a route to a critical consciousness that embraces the heart as well as the intellect, one that resonates, in feeling and thinking ways, across the individual and the collective, the personal and the political” (9).

⁷ El personaje que sirve como intérprete de Matilde es su sobrina Matis (apodo que viene de Matilde), una adolescente que, mientras trabajaba como empleada doméstica en una casa en el Cusco, fue abusada sexualmente por su hermanastro y, como resultado, quedó embarazada.

Bibliografía

- Alexander, Jeffrey. "Culture Trauma, Morality and Solidarity: The Social Construction of 'Holocaust' and Other Mass Murders." *Theses Eleven*, vol. 132, no. 1, 2016, pp. 3-16.
- Beasley-Murray, Jon. "Introduction: A User's Guide." *Posthegemony: Political Theory and Latin America*. U of Minnesota P, 2010, pp. ix-xxi. JSTOR, www.jstor.org/stable/10.5749/j.cttts9vv.3. Accedido 3 junio 2019.
- Cárdenas Moreno, Mónica. "El mito de Antígona en *La voluntad del molle* de Karina Pacheco. Posibilidades de justicia transicional en la novela peruana actual". *Justicia y paz en la novela de crímenes*, editado por Gustavo Forero Quintero. Bogotá: Siglo del Hombre Editores, Universidad de Antioquia, Fundación Universidad de Antioquia, Grupo de Estudios Literarios, Medellín Negro, 2018, pp. 169-196. JSTOR, www.jstor.org/stable/j.ctv75d9vm.10. Accedido 7 junio 2019.
- Castro, Dante. "¿Narrativa de la violencia o disparate absoluto?" *Sasachakuy Tiempo: Memoria y Pervivencia*, compilado por Mark R. Cox. Editorial Pasacalle, 2010, pp. 25-30.
- Cox, Mark R. "Describiendo lo ajeno: narrativa criolla sobre la guerra interna en Ayacucho". *Conflicto armado y políticas culturales de la memoria en el Perú*, número especial de *Hispanic Issues On Line (HIOL)*, vol. 17, 2016, pp 33-46. U of Minnesota Digital Conservancy, hdl.handle.net/11299/184553. Accedido 7 junio 2019.
- Cueto, Alonso. *La hora azul*. Ediciones Anagrama, 2005.
- "FIL Lima 2015: estos fueron los libros más vendidos de la feria". *El Comercio*. 3 agosto 2015, elcomercio.pe/luces/libros/fil-lima-2015-libros-vendidos-feria-188858, Accedido 1 agosto 2019.
- Guattari, Félix. "On the Production of Subjectivity." *Chaosmosis: an ethico-aesthetic paradigm*. Traducido por Paul Bains y Julian Pefanis. Indiana UP, 1995, pp. 1-32.
- Informe final* por la Comisión de la verdad y reconciliación del Perú, vol. IX, CVR, 2003.
- Kuhn, Annette. *Family Secrets: Acts of Memory and Imagination*, Verso, 2002.
- Lerner Febres, Salomón. Prefacio. *Informe final* por la Comisión de la verdad y reconciliación del Perú, vol. I, CVR, 2003, pp. 14-17.
- López Albújar, Enrique. "Sobre la psicología del indio". *Amauta*, vol. 1, no. 4, 1926, pp. 1-2.
- Pacheco Medrano, Karina. *La voluntad del molle*. Fondo de Cultura Económica, 2016.
- Root, Rebecca K. *Transitional Justice in Peru*. Palgrave MacMillan, 2012.
- Saona, Margarita. *Memory Matters in Transitional Peru*. Palgrave MacMillan, 2014.
- Saxton-Ruiz, Gabriel T. *Forasteros en tierra extraña*. Editorial Universitaria U Ricardo Palma, 2012.
- Seigworth, Gregory J., y Melissa Gregg. "An Inventory of Shimmers". *The Affect Theory Reader*, compilado por Gregory J. Seigworth y y Melissa Gregg, Duke UP, 2010, pp. 1-25.
- Thays, Iván. *Un lugar llamado Oreja de Perro*. Ediciones Anagrama, 2008.
- Theidon, Kimberly. "Histories of Innocence: Postwar Stories in Peru." *Localizing Transitional Justice: Interventions and Priorities after Mass Violence*, compilado por Rosalind Shaw et al. Stanford UP, 2010, pp. 92-110.
- Thompson, Rebecca Leigh. *Cusco después de Los zorros: The Legacy of Arguedas in Contemporary Andean Narrative*. 2012. U of Texas at Austin, PhD Dissertation. *Texas ScholarWorks*, hdl.handle.net/2152/ETD-UT-2012-05-5204. Accedido 3 junio 2019.
- Vich, Víctor. "Violencia, culpa y repetición: *La hora azul* de Alonso Cueto." *Contra el sueño de los justos: la literatura peruana ante la violencia política*, compilado por Juan Carlos Ubilluz et al. IEP Instituto de Estudios Peruanos, 2009.
- . *Poéticas del duelo: ensayos sobre arte, memoria y violencia en el Perú*. IEP Instituto de Estudios Peruanos, 2015.

Williams, Raymond. *Marxism and Literature*. Oxford UP, 1977.